

XVIII.

ELOCUENTE DISCURSO DE EL LIBRE ALBEDRÍO.

—A un signo de la Presidencia, entran en el ventrículo varios ugieres, llevando azafates, unos con tortas y pan pintado, y otros con sendos vasos de agua-chirle. Los que sienten necesidad, se alimentan ó beben, ad gratum saporem. Despues, como en Cerebrópolis es desconocida la servilleta y sus usos, cada uno se limpia las regiones labiales con lo que más le viene á mano, que suele ser la manga, ó por mejor decir la media manga, en atencion á que la mitad superior de la funda braquial es el sitio en donde, el que más y el que ménos, ostenta los galones y condecoraciones que realzan su indubitable y no controvertido mérito.—Terminado el piscalabis, cuyo precio se paga á escote y al contado rabioso, sube á la tribuna académica el Libre Albedrio, cargado de cadenas y amarrado al punzante potro de los Deseos y de los Motivos—.

El Libre Albedrio,—hace una reverencia y exclama:—¡Salud y Fraternidad!

Muchos.— ¡Viva la República federal!

El Libre Albedrio.—No lo dije para tanto. Orden y moderacion, señores. ¡Me veis aherrojado y gritais tanto!—Orden, repito, que sin él nunca obtendremos lo que todos anhelamos.

Todos.—¡Viva la Libertad!

El *Libre Albedrío.*—¡Viva!... pero antes oidme y sabed lo que soy *yo*, lo que es la *Libertad*.

¿Por qué la nube en la atmósfera vuela de Oriente á Poniente, ó de Norte á Mediodía?... Porque el viento la empuja; y el viento corre, porque le atrae un vacío... hé ahí la *libertad* en el aire. ¿Por qué el pez se zambulle ó viene á flor de agua, ó nada entre dos idem? Porque le atrae otro pez más pequeño, ménos corpulento, con que ha de alimentarse... Hé ahí la *libertad* en los mares, en los rios y en los estanques. ¿Por qué el leon encamina sus pasos de una á otra selva, por qué salta matorrales y traspone montes y laderas? Porque le fascinan el osmazono, la fibrina, la inósita de las carnes y aún la condrina de los cartílagos de otros animales de ménos vigor y osadía... Hé ahí la *libertad* de las selvas. ¿Por qué giran sobre sus ejes, recorriendo inmensas elipses, la Tierra, Mercurio, Vénus, Saturno y demás planetas, incluso el remotísimo Urano? Porque el sol les atrae y ellos, á su vez, se atraen mutuamente. . Hé ahí la *libertad* en el inmenso espacio... ¿Por qué, en fin, yo, que soy libre entre los libres, libre por antonomasia, contra todos mis propósitos é intenciones de hace un momento, disfruto ahora de la inmerecida honra de dirigiros la palabra?... Porque me ha aludido la *Conciencia*... Hé ahí la *libertad* en *Cerebrópolis*.

Por ahí fuera me tienen todos mucha envidia. De

mi dicen que soy tan absolutamente libre, que de mí dependen las determinaciones de la voluntad; que no obedezco más que á mi propio impulso; que soy tan fuerte y poderoso, que domino todos los poderes, por lo cual yo doy el tono á la *personalidad humana*; de mí se origina la responsabilidad de las acciones humanas; por mí al hombre le son imputables sus actos; por mi causa son premiadas las acciones que redundan en bien de los otros hombres y castigadas las que producen efectos contrarios; en mí se fundan la justicia y la penalidad. Por esto me exploran de continuo; sin arredrarles los densos muros que circundan á *Cerebrópolis*, miden mis intensidades por las palabras que pronuncia y por los actos que ejecuta el individuo... ¡¡Cuánto error!! ¡¡Cuánta vulgaridad!! Imposible parece que los que todo esto han escrito, me hayan albergado en su propio cerebro.

No, señores, no, no creais en mi fortaleza: mi vigor es pura debilidad; mi libertad, ilusion; soy esclavo de los *Deseos* y humilde siervo de los *Motivos*. Dicen que *pensar es pesar*; el lenguaje comun admite esta acepcion: *ponderar*, es un acto intelectual de la *comparacion*; hay, en efecto, acá dentro una *balanza pública*, la *balanza de los motivos*; pues bien, yo no soy el pesador: soy sólo el *fiel* de esta balanza.

Soy del último que me habla... mirad si es débil mi carácter. Ahora mismo los deseos de cesar de ha-

blar me tiran de su parte, para hacer un ensayo de mi libertad de hacer ó dejar de hacer; pero otros deseos, que tienen fuerza de *motivos*, me instigan á continuar mi discurso, para no dejaros con un palmo de narices; y como estos deseos son los que últimamente me han hablado, prosigo y continuaré mi discurso hasta tanto que otros *motivos* me induzcan á callarme.

Pues, si, señores, como iba diciendo, la libertad moral es una quimera, una ilusion que aquí todos nos hemos forjado. Y vosotros mismos, los que ejecutais las delicadas operaciones de la inteligencia, los que profesais la especialidad de los sentimientos y de las pasiones, ¿qué sois, sino meros autómatas? Una sensacion engendra una idea; ésta llama á otra, ésta á otra, y así indefinidamente, y *sin remision*, surgen *recuerdos* tras recuerdos, sin libertad para evitar los unos ó para provocar los otros. Los sentimientos, ¿sois acaso más libres? Así que se llama una idea, os levantais, os removeis, agitais el organismo, oprimís los vasos, perturbais la circulacion, haceis latir el corazón... y no hay quien os acalle, si otros sentimientos, de índole opuesta á la vuestra, no os salen al paso. ¿Es esto libertad, ó es un fatal *automatismo*? En vano me invocais unos y otros .. Yo acudo á vuestro auxilio; pero ¿qué hago? «El *Libre Albedrio*, decís, nos ayudará; él nos dirigirá convenientemente...» Sí, yo vendré, é *inter-vendré*... pero será para decidir en el sentido del último que me

hable; este será el más fuerte y el que tendrá más razon. Cuando me llamareis, yo no sentiré especiales simpatías por ninguno: estaré en el equilibrio móvil de la balanza; pedireis mi consejo, solicitaréis mi decision; os oiré, os atenderé.., pero, ya se sabe, yo caigo siempre del lado del *último que me habla*: no puedo dejar de obrar así. Esta es mi libertad; la libertad que tiene los cuerpos graves para dirigirse hácia el centro de la tierra.

Abatid, pues, vuestro orgullo, potencias y facultades del cerebro; sois míseros esclavos del *Cosmos...* autómatas, como la materia inmunda, grave é inerte.

—*Voces, murmullos y aplausos.*—*Una voz de bajo profundo.*—*Protesto en nombre de las pasiones exaltantes.*

El *Libre Albedrio*.—Siempre creí que los que más debieran guardar silencio serían los que primero saldrian de tono. Señor *Orgullo*, puesto que vos lo quereis, sois ya *motivo* de que calle, y os cedo gustoso la palabra. Exponed vuestra doctrina, que todos estamos dispuestos á oiros. Os advertiré tan sólo que vuestra voz y vuestro tono indican que estais algo alcoholizado... Así, pues, cuidado con la hilaza.

XIX.

EL ORGULLO SE PINTA SOLO.—LA VANIDAD SE RETRATA

Orgullo.—Señores: no os pediré dispensa ni os dedicaré exórdios predisponentes, como han hecho mis predisponentes.

Nado de esto necesito; *yo soy el que soy...* ¿Quién me tose á mi? Soy el tono y la cuerda grave y tirante de la orquesta cerebral. Imágen de Dios en la tierra, soy aquí más que Dios: Dios es trino en el poder... yo soy único. Yo sostengo la dignidad de esta poblacion; ¿qué seria de vosotros y de vuestro decoro sin mis altos hechos y mis gloriosas hazañas? El cerebro á quien abandono, arrastra una vida de langor y de miserias. Yo vivo en la juventud y en la virilidad; necesito fibra, mucha fibra, células, muchas y grandes células; sangre, mucha y rica sangre. No resido en niños, ni en mujeres, ni en ancianos: estas moradas son pobres para mi dignidad y hay en ellas poca sangre; no quepo en células tan diminutas. Yo soy la base de los imperios y de las monarquías, el fundamento de la aristocracia y el distintivo característico del alto clero de todas las religiones.

¿Qué fuera de Felipe II si no hubiese podido decir: «el sol no se pone en mis dominios?» Sin mí, ¿hu-

biera César pasado el Rubicon? ¿Por qué es de color azul tan pronunciado la sangre que corre por las venas de los duques, marqueses, condes y barones? Por que se la tiño yo. Y á no ser este color tan característico de la sangre, ¿qué sería de los nobles? ¿Cómo se distinguirían de la humilde plebe, de sangre roja y caliente, como la del burro, del carnero y de las aves y demás animales útiles por sus carnes ó por el trabajo que producen? Bien es cierto que la gente llana trabaja y piensa, y que esto es un carácter diferencial suficiente respecto de los nobles; pero si se diese el caso de que, influido por el mal ejemplo, que tanto cunde en nuestros días, un aristócrata llegase á hacer algo de provecho, es decir, á pensar formalmente ó á ejercitarse en trabajos útiles, ¿cómo le distinguirían sus ilustres deudos de entre los viles átomos del populacho que constituye las masas?

Nada digo de mi intervencion en el espíritu de los ministros de Dios. Aquí me amoldo á las formas convenientes: en el gran sacerdote de la India, soy poder absoluto y dirijo la voluntad del monarca; en el de Egipto me discuto con Sesostris y le hago perder la chaveta; en los dominios del Islam, soy el iracundo muslim, que de cara á la Meca, grita desde las alturas: «Dios es Dios y Mahoma su profeta;» yo soy, en Mirabeau, el expansivo vapor que, en la hora de la muerte, le hace exclamar: «durmámonos en el lecho de rosas; aguantad la cabeza más grande

del mundo;» yo, en fin, soy el vigor, soy la fuerza, soy el espíritu de la libertad y de la independencia del individuo. No hay poder que me subyugue; soy libre, libérrimo, omnipotente... y profundo conocedor de mi omnipotencia.

Señores: anuncié que iba á hablar en mi nombre y en el de los demás sentimientos expansivos; os engañé, y en este engaño echareis de ver otra muestra de mi superioridad: si me hubieseis conocido, habriais previsto el resultado: yo no puedo hablar de otros; no tengo siquiera el tiempo que necesito para hablar de mí: no soy *altruista*; soy *egoista*. *Dixi*.

[Cuchicheos, silbidos, voces á medio tono de «Pedante, Pedante.» Los sentimientos altruistas se llaman á engaño, y al tocarse las orejas, notan que les han crecido una cuarta; el Amor y la Vanidad se arrojan simultáneamente á la tribuna; se reconocen, se sonríen amistosamente, se dedican un saludo, que implica mútua inteligencia, y al fin, el Amor, deferiendo al sexo, cede puesto y palabra á la Vanidad.

La Vanidad, metida en una enorme crinolina, henchida de hidrógeno carbonado, sulfurado y amoniacal, que huele á gloria, á pesar de las esencias del Serrallo de que están impregnados los vestidos exteriores, exclama:

Señores: Mucho me apenan las inconvenientes irraverencias en que, ante el ilustre Colegio, ha incurrido mi robusto esposo. Si supierais la vida que me da. Yo, tan amante de lucir la palabra, el garbo

y la cultura, ¡verme obligada á convivir con un ente tan grosero! Nos creen similares, y sin embargo, ¡qué diferencia de carácter! *Orgullo* siempre creciéndose, siempre subiéndose, siempre estirándose; yo, tan aficionada á las superficies y á las latitudes. Yo me ensancho, él se alarga; él es mudo, seco, regañon y malcarado; yo afable, dulce, cariñosa y movediza; él fuma, yo chupo caramelos; él bebe coñac, yo bebo orchata; él viste gaban negro y altos cuellos, á mí me gustan la seda, los colorines y sobre todo las vistosas pedrerías; él se pone la mano en el pecho, como Napoleon I, yo me pongo en jarras, como las manolas; él pisa recio con los tacones, yo ando contoneándome, sin apenas hollar la tierra; á él no le gusta el trato, yo soy aficionadísima á la sociedad, quiero que me alaben, quiero oír mis propias alabanzas, y si nadie me aplaude, cuido yo de mis elogios; en fin,—él lo ha dicho,—él es todo fibra, todo sangre, yo soy vapor, nervios é histérico.

Señores: con este contraste de caracteres, nuestra vida conyugal es un infierno... y todos comprendéis que la culpa no es mia, sino de la mala casta de mi marido... Esto digo y no prosigo, porque no me gusta murmurar.

Orgullo pide la palabra para rectificar. Señores: mi ampulosa esposa, la *Vanidad*, os ha dicho lo que es... ¿Por qué no la habeis aplaudido? No os gusta? ¿Qué náuseas son esas? ¿La encontráis fastidiosa emética, intolerable? Pues bien... se vende.

—*Una voz.*—¿Por cuánto se dá?

—*Orgullo.*—Por nada;... por lo que es.

—*Voces.*—¡Bravo! ¡bravo!

Vanidad cae en deliquio en los brazos del Amor; éste la socorre soplándole á las orejas, y exclama: «De hoy más, esta señora es mi inseparable compañera;... quien osare ofenderla, será atravesado por mis dardos... Ahora voy á hacer uso del turno parlamentario que tengo solicitado. Oidme.

XX.

AMOR SE EXPRESA COMO UN FILÓSOFO, SE APODERA DE LA ASAMBLEA Y HACE UN VERSO.

Amor.—Vive Dios, señores, que aquí no sobra urbanidad: se atropella á los débiles; se denuesta, se silba y se desprecia al que no se teme; ni tan siquiera se respeta el decoro de las damas; no parece sino que se haya perdido la noción del buen gusto y de la cortesía.

Y no lo digo para defender á mi bella amiga *Vanidad*, de cuyos hechizos todos anhelaís disfrutar. incluso vos, el insoluble *Orgullo*;... pero quiero que se entienda y no se olvide, que yo soy el gran nivelador de todas las preeminencias; y si, por mí, más de una princesa se ha bajado hasta los borceguies de su paje, y más de un príncipe ha llegado á compar-

tir el solio con la hija de un pechero, estad persuadidos de que, si me amosco, soy capaz de abrasaros en mis divinos rayos y dejaros á todos los miembros de este Congreso derretidos y fundidos en un sólo cuerpo, con una sola voluntad.

Todos.—¡Bravo! ¡Bravo!

—*Pausa: el Amor busca el pañuelo para enjugarse el sudor y las narices; más, como va en cueros, nota que no tiene bolsillos, por lo que se quita la venda con que, al parecer, llevaba tapados los ojos y con este lienzo satisface sus necesidades, y prosigue:*—Porque, señores, yo soy el principio de la existencia y la causa de las esencias. ¿Qué sería sin mí la naturaleza? Los átomos se buscan, se atraen, se combinan, por *amor*:... yo soy la *afinidad*. Los sólidos se disuelven en los líquidos; los cuerpos blandos se adhieren y forman masas coherentes y hasta homogéneas:... yo soy la *cohesion*. Los graves, en el espacio, corren presurosos al centro de la tierra... yo soy la *gravedad*. La nieve del alta cumbre se derrite; estrepitosas cascadas y caudalosos torrentes corren, silenciosos ó murmuradores, al álveo del río, y los ríos al mar; yo, el *Amor*, congrego las aguas en los mares. Por mí las olas, lamen cariñosas las arenistas playas y cubren con manto de blanquísima espuma las peñas del litoral. El sol emite rayos de su luminosa esencia á todos los planetas: este ardor es la vida... es el vínculo del *amor inter-planetario*. El sauce inclina al suelo sus luctuosas ramas; la pa-

sionaria yergue sus tiernos y enroscados tallos provistos de elásticos zarcillos, y entre el árbol y la trepadora se establece un círculo de verdura: es el *amor de los tallos*. La palmera medra solitaria en la huerta; estira su tallo, sin albura, hasta rebasar el muro; el viento, en sus rizadas olas, trasporta el polvillo de las anteras hasta el estigma de la palmera hembra, que á lo léjos crece, esperando el fecundante ósculo; oblongo y rollizo dátíl, de sacarino pericarpio, es el fruto del *amor en las manóicas flores*. En receptáculo de vistosos pétalos y guarnecido de sépalos simétricos, se levantan cinco estambres, que forman círculo alrededor de un lánguido pistilo: el ovario se hincha, se colorea, madura y constituye un tormentoso melocoton... perfumado fruto del *amor de las flores dóicas*.

Llega Primavera, en su carro de oro y grana: las aves ostentan ropajes de deslumbrantes colores y pueblan el aire de dulcísimas melodías; con sus delicados picos, tejen tallos y hojas de gramíneas y con el más fino plumon de su abdómen, construyen linda cuna ó perfecta hamaca, que guarece á la aún no volátil prole; abren los polluelos sus ojos á la luz y su pico al pico de sus progenitores;... es el *amor, el festivo amor de los pajaritos*. La liebre, el conejo, el ciervo, la cabra montés, el gamo, la zorra, el lobo, el tigre y hasta el rey de las selvas, culto rinden al amor en esta época del año; los perros, imitadores de su dueño, se adoran casi cada día y

con ménos recato;... por mí enloquecen en Enero los *félices* concurrentes nocturnos de las azoteas... Y, por debajo de los tejados;... dígalo *El Diablo Cojuelo*, ¡qué cosas hacen los humanos de día y de noche, en invierno y en verano, en primavera y en otoño, agitados por el santo hervidero del *Amor!* Yo, el *Amor*, soy el vínculo de las especies; yo, el *Amor*, soy la causa formal de la humanidad. La mujer es débil;... pero, porque es amorosa, es invencible; el hombre es fuerte;... pero, porque es amoroso, es héroe en la batalla, asíduo en el trabajo, vivo por el ingenio, enérgico en el querer, ardiente en el desear y exquisito en el sentir. Yo vínculo los sexos; soy el mastic de la familia; yo formo los Municipios; yo creo las Provincias, las Regiones, los Estados y las Naciones; yo enlazo y mezclo las castas, abolo los privilegios y levanto por doquiera la sagrada enseña de la *Igualdad* entre los mortales. Yo soy virtud, y fuente de todas las virtudes; yo alumbro á las criaturas con luz divina; por mí el hombre comete el *pecado*;... pero,

Pecado, no; dadle otro nombre;...

Esto es la vida, es la luz;...

El mismo Dios, no os asombre,

Murió por amor al hombre,

Enclavado en una cruz.

He dicho.

—*Profunda sensacion.*—*Se reconoce que el orador ha despertado afectos que estaban latentes entre los miembros del Congreso, quienes, en apasionados transportes, se abrazan y se dan un beso tan sonoro, que hacen temblar sobre sus cimientos la bóveda de cuatro pilares.*—*Sólo se observan dos disidentes entre la concurrencia: ambos son desmirriados y están pálidos: el uno es macho y policéfalo, los Celos; la otra es su indispensable compañera la Envidia. Ambos piden la palabra y se apuestan á subir simultáneamente á la tribuna.*

XXI.

LOS CELOS—UNA TRAGEDIA AMOROSA—.

LOS CELOS.—*Aparece en la tribuna esta pasion multitéfala, con tres docenas de ojos en cada cabeza; en cada ojo se ve ostensiblemente una espesa teleraña, que impide el paso á los rayos luminosos de la realidad. Al ver este orador monstruoso, la concurrencia prorrumpe en una carcajada de burla. El interesado está ya á punto de volverse á su asiento, en vista de tanta hilaridad; mas luego á las voces de «¡qué hable! ¡qué hable!» que salen de los bancos de la derecha, se reanima un poco, y con voz desfallecida, al principio y más enérgica luego, dice:*

Señores: A nadie se le juzga sin haberle oido. Te-

néisme por necio y soy, quizás, más listo que muchos de los que pasais plaza de sabios; me considerais un topo, y, sin que sea alabarme, os puedo asegurar que soy un lince. *Los que mucho veis, no veis más que lo que hay; yo, quizás no vea lo que hay, pero veo siempre lo que no hay.*

Me apuntais los cuernos ¡vaya una mueca fea que haceis con los dedos! Pues, precisamente mentais la soga en casa del ahorcado!... Los cuernos son mi *temor* y sempiterno *tema*. No conozco ser más feliz que el *Uni-cornio*, pues éste es el único animal que puede estar seguro de que no tiene que aguantar más que uno de estos engorrosos apéndices;... los demás y en especial los individuos de la especie humana... veamos: quien más quien ménos, como decía un chusco, en pleno carnaval.

¡Infelices los que no recelais del mundo y sus acechanzas! ¡Desdichados los que confiais en el amor y no considerais que la hermosura es un tesoro muy codiciado! Vivid, vivid, holgad en la confianza y probareis la hiel de los desengaños. ¿Dudais de mi juicio?... ¿Creeis que mis temores son sin fundamento?.. Pues oid una historia sangrienta, en que yo desempeñé el papel de protagonista.

Era el visir Abdel-Pachá buen creyente, valeroso y predilecto del Sultan y del Profeta. Vencedor en cien batallas, y tan rico, que su caballo llevaba heraduras de oro y en cada clavo un brillante de más de tres gramos de peso. La jóven Zelima era circasia-

na, tenia trenzas de coral, cutis de cielo, ojos de marfil y dientes de azabache.

Una voz.—¡Qué belleza más singular!

Los Celos.—Pido que no se me interrumpa, aún cuando diga algunos disparates... Confieso que cuando hablo en público, suelo hacer mala letra;... ya lo apuntaremos en la *fé de erratas*.—Pues, como iba diciendo, Abdel y Zelima, jóvenes y hermosos y además él riquísimo, se vieron y se amaron: pronto el ardor de sus amores llegó á los más altos grados del *piezómetro*: sns corazones se pusieron incandescentes. Abdel, no obstante, como buen moro, era de carácter sombrío: cuando hablaba en el Consejo, ante el Gran Señor, lo hacia en tono sentencioso y breve; su oracion era siempre bien atendida. Zelima, al contrario, era más alegre que unas pascuas. Al punto fué la reina del harem: tocaba la pandereta con más garbo que una gitana; las mariposas envidiaban la ligereza de sus movimientos y los capullos del jardin se abrian para recibir el perfume de sus labios. Otras beldades orientales del serrallo se marchitaron y volviéronse cloróticas de envidia y de fundadisimos celos. Abdel sólo tenia amores para Zelima.

Cierto dia, al saltar la jóven circasiana un cristalino arroyo que dividia en dos partes el jardin, tuvo la desdicha de dislocarse un pié. A los gritos del dolor, acude el jefe de los eunucos. Zelima está en el suelo; su hermoso cuerpo yace desmayado en el

verde césped. *El Zaquir*—así se llamaba el jefe de los eunucos—toma entre sus manos el diminuto pié de Zelima y practica un hábil amasaje, y con el agua del arroyo, hace abundantes abluciones. La jóven exhala un profundo suspiro y abre sus hermosos ojos, que, como dos rayos fulgurados del seno del sol, inflaman el rescoldo de virilidad que se oculta en los más recóndidos repliegues del corazón del eunuco. La pasión le enloquece, y, ciego de amor, imprime un beso de fuego en el empeine de aquel pié, tan desgraciadamente torcido, como hábilmente sobado y refrescado.

Las paredes del Serrallo tienen tantos ojos como junturas los sillares de que están formados. Ni las odalistas ni los eunucos pierden un ápice de esta interesante escena de dolor y de amor. Dos horas más tarde, el visir entraba en el harem, y un minuto despues ya sabía, no punto por punto, sino con las exageraciones del ódio, cuanto habia pasado en el jardín.

Aquella noche—pues era al caer la tarde cuando Abdel venia al harem—pasóla Zelima deshecha en llanto. Testimonio del impuro beso de *El Zequir* lo era una mancha de escarlata en el dorso del pié de la bella. Mas, Zelima, no tanto lloraba de dolor, como de pena. Su adorado Abdel habia hallado tibios los labios de la jóven. De todo daba razón la mancha roja del empeine: formaba dos líneas paralelas: eran la huella de los labios de *El Zaquir*.

El visir estaba, no sombrío, sino negro de humor: si hubierais podido verle el corazón, os hubiera parecido la bolsa tintórea de una jibia. No le cabía la menor duda de que el euniquismo de *El Zaquir*, á pesar de las apariencias, era incompleto... Y, como en idéntico caso podrían encontrarse los demás eunucos no graduados del harem, al rayar el alba del próximo día, Abdel, con su propio alfanje, de un sólo y magnífico golpe, cercenaba ocho cabezas de otros tantos servidores, quizá demasiado *integros* del serrallo. La mancha del exíguo pié de Zelima fué instantáneamente purificada con una áscua de carbon de encina. Sobrevinieron los efectos de una profunda y gangrenosa quemadura; una extensa úlcera se formó en el pié y no tardó en extenderse á la robusta pantorrilla de la niña. De tales resultas, Zulima cojea aún hoy día. No importa: cuanto más coja, más amada. Abdel prodiga sus ternezas: la festeja, la regala y á él debe una muleta de oro incrustada de esmeraldas y topacios; la contera es un diamante vaciado.

A pesar de todo, Zelima está triste: hasta el pergamino de su pandereta se ha puesto flácido, marchito y ha perdido su resonancia; las cintas están deshijachadas: parecen planchuelas sucias. Abdel no acierta á explicarse tan honda pena. Ha consultado á los Ulemas, y le han contestado unánimes «*Aj-la-ja,*» esto es, «Dios es Dios y el Mahoma su Profeta...» lo cual, le deja en Babia.

Abdel apura la paciencia de su amada á fuerza de interrogatorios; Zelima, transida de dolor y de despecho, exclama: «no os amo, os detesto.»—«¿Para quién es, pues, tu amor, estrella de mi cielo?»—«Mi amor, mi amor, pertenece á esta imagen —Era un cuadro de Apolo, decentemente vestido, adorno del cuarto de Zelima, de asombroso parecido con el difunto jefe de los eunucos—«Ese habria sido mi único y verdadero amor, si no le hubieses mutilado »

Abdel desenvaina la daga; penetra con ella en el seno de Zelima; ¡la sangre inunda la estancia!... Pocos momentos despues, el arma enrojecida segaba la garganta de su propietario.

Varias voces.—¡Horror! ¡terror! ¡furor!

Otra de timbre chillon.—¡Basta de Matemáticas!

La envidia.—Yo tengo derecho de usar de la palabra.

Todos.—Que hable y se calle pronto.

XXII.

LA ENVIDIA DESCARGA UNA FILIPICA.

La ENVIDIA sube á la tribuna académica y todos admiran la flacura de sus carnes, la palidez de sus labios y los profundos é innumerables surcos de su cara: es una vieja desjugada, más mala que la criada

de Caifás, que enseña el esqueleto á través de las arrugadas piltrafas de sus tegumentos. Se conoce que no come ó que hace malas digestiones; pero en el modo de mirar, se adivina lo que le sobra es ganas de comer. Todos los miembros del Congreso apartan la vista de este despreciable personaje y al unísono exclaman: ¡Tísica! ¡Tísica!

La *Envidia*.—Los tísicos sereis vosotros. ¡Vaya un modo de señalar! Si quereis usar del derecho de saber quién soy y lo que soy, ¿por qué antes de que abra la boca me calificais de semi-difunta? Esto es cuando ménos una ligereza, y puesto que tanto os perjudica la poca gracia de mis gracias, voy á castigaros mostrándoos mi triste anatomía.

Cabeza tengo, pero de zorra: largo el hocico, husmeo el mérito, más le temo en todo cuanto es ajeno á mi individuo. Me irrita el que alguien sea algo; precisamente porque contemplo y estoy plenamente convencida de mi nulidad. Detesto la virtud, porque pone en relieve mi innata maldad. Yo inspiré el primer homicidio; pero la sangre de Abel fecundó la tierra y aún me atormentan sus frutos. Cain hizo mal en derramarla; debiera habérsela bebido.

Puesto que hablo, tengo boca; pero ¡qué boca! Mi lengua es larga, angosta y puntiaguda. Lamo y pico; no le envidio al áspid el dardo córneo. No soy absolutamente desdentada, pues poseo un colmillo en la mandíbula inferior: en esto me distingo de la víbora que lo tiene en la mandíbula superior. Pero este mi

diente, mi precioso diente, se esconde y pone erecto segun me conviene. Por una canalita central que le atraviesa, vierto en la herida que al prójimo infiero un zumo más irritante que el de la ortiga y más venenoso que el ácido prúsico. Tengo en mi boca inagotable depósito de esta ponzoña.

Angosto y flaco es mi pecho; no oireis mi respiracion, pues apenas dilato los pulmones; pero mi hálito envenena á gran distancia. No sé si puede llamar corazon una gran vejiga repleta de amarguísimo humor, que llevo en el centro del pecho; no late sino de pena y de angustia que le causa el bien ajeno. Mi sangre no es caliente ni roja: por lo que está fria y quema, debe ser lejía.

Tal es mi organismo, y aún os dispenso de las garras, y de las culebras, que constituyen mi cabellera. Muchos me creen madre de los *Celos* y se equivocan: no tenemos vinculos de consanguinidad, sino de cobardía; ellos son débiles é inocentes, aún cuando á veces muy feroces; yo soy tenaz, intencionada y amante de cebarme en las victimas. Los *Celos* temen perder el bien que ya poseen y les pertenece; yo no quiero el bien para mí, pero quiero el mal para los demás. Si soy tuerta, es porque me dejé quitar un ojo, á trueque de que otro quedase ciego. Soy hermana de la *Emulacion*, pero nunca hemos podido vivir juntas, ni avenirnos, á causa de que ésta siempre me está machacando con sus titulos de nobleza y exhortándome á no desear el bien

que otros alcanzan, sino á fuerza de trabajo y de asiduidad. ¿Qué me importa á mí la felicidad propia? Lo que yo anhelo y quiero es la desgracia de los demás; quiero que pierdan el bien que poseen, y esto aún cuando á mí no me haya de tocar la más diminuta partícula.

Ea, señores, soy soltera... ¿no hay alguno que aspire á esta blanca mano?

Una voz.—Sr. Presidente: si continúa entre nosotros ese mónstruo de iniquidad, declaro que estamos dispuestos á abandonar el salon.

La *Envidia*. — Cállese el muy hipócrita; ¿quién puede decir que se halle libre de mis dominios? Todos, todos, lo digo bien alto, incluso el Sr. Presidente, todos teneis envidia. Hasta me *envidiais* á mí, que poseo tan raras prendas. Lo que haceis es ocultar vuestros sentimientos y darles nombres que no merecen. Sois tan dueños de no sentir los alfilerazos que yo clavo en vuestro pecho, como de hacer cesar los latidos de vuestro corazon. ¿Me explico? El que se halle exento de culpa, que eche la primera piedra. ¡Aquí, valientes!.. Si la envidia fuese visible «si la envidia se volviera tiña, ¡cuántos tiñosos no habria!»

Todos los miembros del Congreso, incluso el ilustre Presidente, bajan la cabeza y rezan el «MEA CULPA.»

XXIII.

ENTRA EN EL CONGRESO UNA DISTINGUIDA DIPUTACION,
DE CEREBELÓPOLIS, QUE COMETE ALGUNAS IRREGU-
LARIDADES.

Mientras reina religiosísimo silencio, por estar todos los miembros del Congreso ocupados en rezar, soto voce, el Confiteor, de súbito se oye fuerte trepidación del lado del acueducto de Sylvio, y poco despues una densa humareda anuncia la entrada de un tren expreso por la puerta de Monró, conduciendo una distinguida Diputacion de Cerebelópolis, que, aunque tarde,—pues en la laboriosa urbe no se pueden perder jornales,—viene al Congreso, con el objeto de tomar parte en las discusiones. Los concurrentes salen bruscamente de su contrición y quedan aterrorizados por tanto ruido, humo y movimiento. Solo Fosforita y el ilustre Presidente conservan la serenidad. Aquella se adelanta para hacer los honores de la recepcion á los Delegados, y dice:

—Señores: en nombre de los miembros y del ilustre Presidente del Congreso, os doy la bienvenida. Sois la dignísima representación de la industria y del Comercio de la noble y riquísima colonia cerebelosa; sois el poder ejecutivo del pensamiento y de la voluntad; sois, en fin, el gran refuerzo de la sensibili-

dad, ¿quién podría disputaros el derecho de sentaros en los escaños de este ventrículo, en donde todas las potencias y dignidades del Cerebrópolis nos hallamos científicamente congregadas? Entrad, pues, y estad seguros de que todos tendremos el mayor placer en oír vuestros eruditísimos discursos. Exhibid, si os place,—y esto es mera formalidad—vuestras credenciales.

—*Los recién-llegados desarrollan sus respectivos pergaminos; Fosforita los va revisando, y dice:—*

—Librado en Puente Varolio, y firmado por el Director general de Comunicaciones... perfectamente. Tengo el honor de presentaros al inclico *Turbulentus Rotatorius*, Administrador general de los seis pedúnculos. Adelantaos también vos, *Oliverio Romboidalis*, poderoso señor de los grandes lóbulos; vuestro nombramiento está en regla. *Scriptorius Calaminus*, el gran acústico del ventrículo cuarto, usad también de vuestro derecho. El señor, es el ilustre *Vermicularis*, que vive en el seno del árbol de la vida del lóbulo medio y se baña los piés en las tibias y cristalinas aguas del ventrículo. Apretad esta mano, activo *Valvularius*. ¿Cómo está Vieussens? Adelante, *Olivarius Bulbaris*, ¿cómo se portan los *Faciales* y los *Hipoglosos*? *Sansfaçon*, *Gran Cruzado de las pirámides*: contadnos los misterior de los *Glosofaríngeos*, *Pneumogástricos* y *Espinales*. Más, ¿qué hago? no acabaría de revisar credenciales ni de presentar *eminencias*... incluso vosotros los hermanos

Cuadrigéminos. Sentaos, dignísimos emisarios de la Gran *Cerebelópolis*; todos y todas os escuchamos con un palmo de orejas.

Turbulentus.—Señores: la lealtad de mis sentimientos me obliga á manifestar que aquí veníamos en son de guerra, para declararos la idem, en nombre del alto Consejo de la República federal de *Cerebelópolis* y de su actual Presidente el ciudadano *Higinio Viandante*, alpargatero y gran exterminador de callos. La suavidad de los discursos de *Fosforita* y sus irresistibles hechizos, han desarmado nuestros belicosos propósitos y, yo, que soy el más pecador de los Diputados, ya me siento inclinado á la paz y al amor.

—*Turbulentus toca la barbilla de Fosforita; ésta se deja querer; pero viendo que el Representante se permite descender algo más, exclama—*:

—Ea, amigo, no seáis tan fogoso. Os tomará por uno de vuestros vecinos *Eros* ó *Priapo*. Las vírgenes de aquí lo somos de verdad; y así hacedme el favor de tener más respeto á mis limones. De aquí á bajo—señalando al cuello—ninguno; ni de aquí arriba—señalando la pantorrilla, que por cierto es muy rolliza—ni una pulga.

Turbulentus.—*Non bis in idem*, lindísima introductora. Mis manos callosas no profanarán jamás tus virginales contornos ni atentarán á tus preciosísimas grasas. Somos de allá en donde todo nos es permitido, y esta es la causa de que á veces nos to-

memos franquezas que están reñidas con la buena educacion. Vivimos en la patria de los *peligros del amor, del libertinaje y de la crápula*, y al menor estímulo—el tuyo es superlativo—nos sentimos seducidos. Con que, señores, perdonad y principio mi discurso.

XXIV.

SE ARMA LA GORDA.—GRAN BATALLA ENTRE CEREBRALES Y CEREBELOSOS.—EL CRÁNEO ESTALLA COMO UNA GRANADA... Y AQUÍ FUÉ TROYA.

Turbulentus.—*Se arremanga la encarnada casaca y muestra nervudos antebrazos; se áfloja la blanca corbata, se desabrocha el colete y pone de manifiesto un cuello de toro y un pecho poblado de maleza.*—

—¡Ah, ¡ah!—exclama,—así estoy bien; me hallo á mis anchas. ¡Viva la libertad!—*Silva general.*—

—*Una voz.*—¡Qué bruto!

Turbulentus.—Silbad, lechuzas, silbad... no por esto dejaré de usar de mi derecho... Ya se me había pasado algo la murria con los mimos de *Fosforita*; pero ahora vuestra insolencia y desentono me devuelven á mi dignidad, y daré cima á mi formalísima comision, mal que os pese.

Cúmpleme en nombre del Gobierno de la República del *Cerebelópolis*, exponer numerosas cuanto

fundadas quejas por violacion de los tratados de comercio y relaciones inter-municipales entre la Metrópoli y nuestros sub-urbios. Aquí, segun lo visto, nadie se preocupa sino de *esperitualizar* lo material: todo son huelgas, jolgorios, fantasías y alambicamientos del pensamiento; nadie piensa en los grandes dispendios de fuerza que nos obligan á sufragar á los desventurados moradores de *Cerebelópolis*.—Sube una impresion por los cuernos de la *Médula*: llega á la *Protuberancia*. . y allá va al punto un pedido de refuerzos al *Cerebelo*, para que aquella llegue con suficiente intensidad al tálamo. No se dirá, á fé, que alguna vez hayamos escatimado nuestro sufragio.

Si aquí mismo se trata de elaborar un pensamiento complejo, de hacer lo que vosotros llamais una gran obra intelactual, un *raciocinio*, en seguida contribucion de fuerza á *Cerebelópolis*... paga 25 calorías por cada idea simple y envíalas al contado en calórico sonante y vibrante, por los *Pedúnculos*. Estos son los impuestos, los honerosos impuestos, con que nos agobian los que entran y los que aquí moran. Pues ahí es nada lo que nos exigen los que salen en direccion á los aparatos de expresion, locomocion y reproduccion. Este tributo sí que nos cuesta un ojo de la cara. Nace una idea, fluctúa en su celdilla, emprende camino hácia los cuerpos estriados, se metamorfosea en impulso locomotor... anda, *Cerebelo*, dispon los registros telegráficos y échala fuera,

tan concertada, armónica y poderosa, cual si fuese de nuestra misma familia. ¿Trátase por ventura de trasladar el cuerpo de un sitio á otro, mediante una sucesion de pasos que se llama *marcha*? Pues ¡friolera! *Cerebelo*, ahí va órden de emprender el trabajo y molestar á la *Médula*, para que deje pasar corrientes por los alambres antero-laterales, en direccion á los músculos de las nalgas, muslos, piernas y piés, Y siempre aguanta *Cerebelo*: paséanos, que nosotros y nosotras disfrutaremos de alegres vistas, gozaremos de plácida conversacion con un buen amigo, oiremos melodiosos sonidos, y nos solazaremos en el civilizador perfume un buen veguero. Toda la fatiga y todo el gasto para el *Cerebolo*; todos los placeres, todas las riquezas y todos los honores son para el *Cerebro*. Por vuestros antojos, sufrimos la más dura de las esclavitudes.

No ignoramos que en vuestra pedantería, vosotros de comun acuerdo con algunos fisiólogos *pincha-cráneos*, os habeis permitido curiosear y criticar lo que somos y lo que hacemos en *Cerebelópolis*: nosotros nos reimos á rebienta-diafragma de vuestras sandeces. Ahí está el bueno de *Sœmmering*, que cree que la *Protuberancia* es el *Nudo del encéfalo*; otro le llama *Encrucijada*; otro *Tela de araña* formada por las redes telegráficas que van de uno á otro de los grandes lóbulos del *Cerebelo*, y desde el *Bulbo* al *Cerebro*. ¡Torpes! no habeis sabido ni tan siquiera conocer la autonomia de la *Protuberancia*: pequeño,

pero rico canton, cuyas autoridades residen en las agrisadas celdillas construidas encima del gran *Puente de Varolio*. Autónoma es la *Protuberancia*; pero vinculada, intimamente vinculada, con pacto sinalagmático, con el alto Gobierno federal, que reside en *Cerebelo*. Y los *Pedúnculos* ¿qué pensais que son los *Pedúnculos*? ¿Simples vías de comunicacion entre una á otra mitad de la urba cerebelosa, entre el *Cerebelo* y el *Cerebro* y entre el *Cerebelo* y el *Bulbo*? . . ¡*Burricatio, crasa burricatio!* No, señores, no: los *Pedúnculos* tambien tienen su independencia; tambien gozan de autonomía y de gobierno municipal, que reside en los departamentos grises.

Pero nunca habeis desbarrado tanto como cuando os habeis ocupado de las funciones del *Cerebelo*: sólo porque así se les ocurrió á Gall y Spurzehim, habeis dicho que en él están las oficinas del amor concupiscente; le habeis atribuido la presidencia del sentido muscular; le habeis supuesto encargado de la inmediata direccion del movimiento voluntario á las órdenes de los *Cuerpos estriados*; habeis dicho que tiene el encargo de *espiritualizar* la impresion sensorial y de *materializar* las voliciones; le habeis señalado como residencia de los instintos; habeis supuesto que, con funcion de uno sólo de los *Pedúnculos cerebelosos medios*, producimos movimientos de rotacion á derecha ó á izquierda, y por simultánea accion de ambos, movimientos de avance; habeis, en fin, sostenido que todo cuanto va y todo cuanto

viené del *Cerebro* se amplifica y refuerza en *Cerebelópolis*, como los sonidos en la barriga del violon. ¡Buen violon le diera yo al Sr. de Pointcaré, obligándole á participar de la ruda *besogne* que arrostramos los trabajadores de la República!

Pero, señores, esto no puede continuar así. ¿Qué motivos ni qué prerogativas teneis los de arriba, para á los de abajo tratarnos como vencidos y esclavos, echándonos, por aditamento, vuestra basura por el acueducto de Sylvio, ensuciando nuestro único, pero elegante y comfortable ventrículo, cual si fuese un albañal?

Digo que esto no debe ni puede continuar, y no continuará, pues ya hemos llegado á los últimos límites de la paciencia, y así, en nombre del alto Gobierno de la República, vengo á proponeros los siguientes pactos:

1.º Independencia absoluta y completa autonomía de *Cerebelópolis*.

2.º Pacto de comercio, mediante indemnización que *Cerebrópolis* pagará á *Cerebelópolis*, de tres millones de calorías anuales, satisfechas á la vista, por derechos de tránsito, peaje y oficinas de movimiento.

Y 3.º Libertad de setir, pensar y querer, á lo ménos en todo lo que no se refiera á *Metafísica* ó *Teología*,—pues á estos productos renunciamos por ser poco nutritivos.—Tenemos células, sustancia gris, neuroglia, tubos nerviosos, sustancia blanca, vasos y hasta una tienda y una hoz, y queremos

ejercer libremente nuestra industria; no queremos que continúe el monopolio de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad que aquí se ejerce.—¡Viva *Cerebrópolis* libre y pensadora!

Los delegados.—¡Viva!

Los de Cerebrópolis.—¡Fuera, fuera!

—*Una voz.*—¡Contrabandistas!

Turbulentus.—¿Quién ha dicho *contrabandistas*?

El Valor.—Yo.

Turbulentus.— ¡Que se escriba esta palabra!

El Valor.—¡Que se esculpa ó que se grave! *Contrabandistas*, he dicho, y sostengo lo que sois. ¿Quién, sino vosotros, la plebe cerebelosa, fabrica sensaciones, ideas y deseos de mala ley, y los introduce aquí, en nuestra noble ciudad, mientras dura el sueño? No sólo sois *contrabandistas*, si que tambien monederos falsos, canalla sin educacion ni respeto.

Turbulentus.—Mentis, mil veces, mentis. La moneda falsa nos viene de vosotros; los *contrabandistas* y monederos falsos sois, pues, los de *Cerebrópolis*. Acabemos: ¿acceptais ó no nuestros pactos?

Todos los de Cerebrópolis.—¡No, no!

Turbulentus.—Vamos á tapiar el acueducto, y os dejaremos asfixiar en vuestros propios excrementos; holgazanes, melindrosos y cobardes.

El Valor.—Idos de ahí, mala pécora.

Turbulentus.—*Dirigiéndose á sus compatriotas.*—A ellos! ¡amigos mios, á ellos! ¡hagamos un zafarrancho!

El Valor.—¡Cerebrales, á defenderse! ¡hagamos una de San Bartolomé!

—Gritos, chillidos, ayes, coscorrones, tropiezos, puñetazos, mordiscos, salivazos, bramidos, alaridos, saltos, caídas y brincos. El ilustre Presidente tira de la cuerda de la campanilla y toma una de las bridas de al glándula pineal, con lo cual arranca de cuajo el tubérculo mamilar y uno de los pilares de la bóveda. El ventrículo medio amenaza ruina, y aparece fuertemente cuarteado y agrietado el techo del ventrículo lateral. Visto el gran peligro que todos corren, el Presidente, con voz de trueno, exclama—:

—¡Orden, señores, orden!

—Vibración de voz humana, tan inusitada en Cerebrópolis, causa el efecto que produciría un cañon del Dándalo disparado dentro de una casa medio arruinada. El cráneo estalla como una granada; la bóveda se hace añicos y los cascos saltan á gran distancia; las arterias, las venas y los senos de la duramadre se han roto, y de ellos brotan torrentes de sangre, que se mezclan con la que mana de las heridas de los combatientes. No quedan más que un monton de ruinas. Por fortuna, el ilustre Presidente ha escapado con vida; sólo ha perdido el ojo derecho, de resultas de haberle saltado en la córnea trasparente la punta de una de las orejas del murciélago. Sobre el Presidente, que ya ha dejado de ser ilustre, pues ha dejado de ser Presidente, se cierne una sombra vaporosa, de admirable blancura; parece un vapor de cloruro amo-

niacal, en figura humana: es el Alma que abandona su inmunda jaula.—

NOTA.—Ya restablecido de su queratitis traumática, el *Dr. Dromos*, escribió un EPÍLOGO al curiosísimo *Viaje*, que tan trágicamente había terminado.—A continuación publicamos este importante documento.

EPÍLOGO DEL DR. DROMOS.

Esos, Fabio, ¡ay dolor! que ves agora
Campos de soledad, mustios collados,
Fuéron un tiempo Itálica famosa.

DE CÓMO EL DR. DROMOS PUDO PROFETISAR EN PRETÉRITO.

No fué nada lo del ojo: desde el punto en que, ante un espejo y con el auxilio del globo sano, me extraje la *apófisis enciforme* que se me había enclavado en la córnea, hubo un poco de *hiperemia querática*, —aquella que ha dado tanto que cavilar á los que piensan que esto es imposible sin vasos preexistentes—hubo también algún exudado plástico, que produjo una *nubécula*; pero, al fin, hoy, gracias á unos

polvículos de calómelanos al vapor, que me excitaron el lagrimeo, hállome con la vista tan transparente como vidrio de reloj.

Así, pues, no se hable ya más de mí, que harto modesto soy, y déjenme transcribir las notas que tomé en mi memoria en las tres horas mortales que permanecí abismado entre las *ruinas de mi convento* digo, de mi cerebro, y por decir mejor, aún, del *cerebro del otro*.

El caso lo había sido de *apoplegia fulminante*, con circunstancias agravantes é inusitadas de dislaceracion de las membranas y estallido de la bóveda craneana. Las vibraciones de mis cuerdas vocales hicieron efecto de dinamita. No se necesitaba tanto, porque, ahora que la cosa ha pasado, diré, que no sucedió nada que yo no hubiese previsto, desde que en el tiempo que permanecí en *Cerebrópolis*, tuve ocasión de notar los importantes desperfectos que se habían producido en varias partes y especialmente en los aparatos hidráulicos de la urbe.

Ya sé que dirán que adivino lo que ha sucedido, y que esta es una manera muy cómoda de no equivocarse; pero á mí me importa un comino de lo que digan: harto favor les haré á los sabios si les cuento lo que por mis propios ojos he visto. Si me lo quieren agradecer, que me lo agradezcan: yo habré cumplido un deber de conciencia derramando alguna luz sobre lo que los médicos llaman *Anatomía patológica*. Quizás, á tenor de estas indicaciones, podrá

cada *quisque* administrar de tal manera su encéfalo, que no le sobrevengan catástrofes tan lamentables é inesperadas cual la que le avino al del individuo á que me refiero, y que de gloria goce.

Lo cierto es que ninguno de los activos moradores de la urbe cerebral tenia la menor noticia del estado ruinoso en que, probablemente desde mucho tiempo, se hallaban los edificios, ni ménos de los peligros que corria la poblacion, por los desgastes, atascamientos, desigualdades de superficie y aún filtraciones de las cañerías. Si tal hubiesen conocido, no habrian tenido humor para celebrar Congresos, ni armar zambras los de *Cerebrópolis* con los vecinos del *Cerebelo*. Si el propietario de este encéfalo hubiese tenido noticia de lo que en su cráneo se preparaba, se habria á buen seguro precavido, comiendo ménos, andando más y quizá aplicándose algunas sanguijuelas en el lejano término de las vías intestinales.

Fácilmente se conoce que la policia urbana no está bien organizada en *Cerebrópolis*; á lo ménos yo no he conocido ningun arquitecto fontanero que velase por la libre circulacion de los flúidos; ni ingeniero de caminos que atendiese á la conservacion de las grandes vías urbanas; ni director de comunicaciones á quién estuviesen confiadas las redes telegráficas; ni municipales, ni polizontes encargados del órden y de la seguridad pública. Los desperfectos que allí ocurren, ó bien se corrigen por sí mis-

mos, gracias al admirable sistema económico que rige, o conducen fatalmente á la ruina del edificio, á la cual suele subseguir la de todo un barrio y aún no es raro la de toda la ciudad.

Mis observaciones se fijaron principalmente en cuatro puntos principales, á saber: 1.º perturbaciones de las vías hidráulicas, á saber, los canales, conductos, cloacas y senos, ó sea lo que se llama el *sistema vascular encefálico*; 2.º alteraciones de las vías de comunicacion, ó sean los *sistemas de fibras blancas*; 3.º las de las celdillas ó *células de sustancia gris*; y 4.º las de la materia que une entre si todos estos elementos, y á la que los sabios dan el nombre de *neuroglia*.

II.

¡¡UN ATEROMA!! ANEURISMA DISECANTE,
APOPLEGIA EN PUERTA.

Pues señor, en cierta ocasion y mientras msá acalorado estaba el debate en el Congreso, oi cerca de mi presidencia gritos de terror, que pronto fueron sofocados por el ruido de los concurrentes. «¡Un ateroma! ¡un ateroma!» exclamaban á voz en cuello media docena de habitantes que se habian abstenido de concurrir al ventrículo, porque estaban sus celdas tan próximas, que sin moverse de casa podian

participar de la función. Quise ver lo que tales gritos significaban, y noté que los interesados se apiñaban despavoridos alrededor de una ramificación procedente al gran canal sylviano y contemplaban unos núcleos duros y ternillosos, que al paso que disminuían en gran manera la capacidad de la cañería, impedían que ésta fuese tan elástica y contractil como hubiera sido menester para el libre y activo curso de la sangre.

Al punto comprendí los poderosos motivos de la zozobra que embargaba el ánimo de aquellos atemorizados espectadores. Un *ateroma* en una arteria, es causa de que la sangre penetre difícilmente en las porciones del conducto situadas más allá del obstáculo; de donde que las celdillas que debían recibir su riego y nutrición de dicha arteria, se hallen próximamente amenazadas de perecer de inedia, á no venirles subsistencias por otro conducto, cosa que raras veces sucede en *Cerebrópolis*, á causa de la especialísima distribución de los canales de riego, los cuales, en sus ramificaciones de menor calibre—que son precisamente las que más inmediatamente contribuyen á la nutrición—carecen de anastómosis ó tienen poquísimas comunicaciones.

Sin duda á consecuencia del *ateroma*, algunas celdillas, que ya ni fuerzas tenían para gritar, aparecían pálidas, amarillentas, coarrugadas y repletas de una materia aceitosa, fosforada y muy distinta de la sustancia granulosa de que se hallaban reple-

tas todas las demás moradas en donde no se sentia la miseria.

Aún comprendí que un peligro mucho mayor amagaba á la urbe cerebral, de resultas del ateroma: la *inundacion* ó el *derrame*. Perdida la elasticidad de una arteria, al impulso del corazon, la sangre, chocando en las paredes del vaso, que no puede rehacerse contra esos repetidos embates, habia de producir la ruptura del conducto, y en tal caso, el líquido, escapando por la abertura, vendria á formar lagos y lagunas que, comprimiendo las débiles paredes de las celdillas, las harian completamente inhabitables, cesando, por consiguiente, de efectuarse la industria que les está asignada. La horrenda catástrofe que puso fin al Congreso ventricular, prueba que mis temores eran sobrado fundados.

Sospecho que no fué esta la primera vez que en el *cerebro* á que me refiero ocurrieron percances parecidos, aún cuando no tan funestos: dígolo, porque junto al núcleo *intra-ventricular del cuerpo estriado*, observé una mancha amarillenta y un hoito bastante pronunciado. Yo creo que ambas cosas eran resultado de un pequeño derrame—un *foco aploplético*—que, si bien fué causa de perturbacion del funcionamiento de la sensibilidad y de los movimientos del lado opuesto del cuerpo del individuo, hubo despues reabsorcion de sangre y todo volvió á su anterior estado, sin mas vestigios que los mentados hoyo y mancha.

Seguro estoy de que el *ateroma* de que voy hablando ejercia influencia nada favorable en las cañerías que se originaban en un punto anterior al del obstáculo: no pudiendo pasar ámpliamente la sangre por la arteria ateromatosa, forzosamente tenia que acudir en mayor cantidad á las colaterales, dilatándolas en sus ramitos más ténues, que son precisamente los más dilatables, y constituyendo una *hiperemia colateral*. De este modo resultaba reparto poco equitativo del líquido alimenticio; pues, mientras la miseria devoraba las celdillas situadas por delante del *ateroma*, recibian exceso de nutrimento aquellas cuyo riego procedia de ramificaciones precedentes. ¿Hubiera sido de admirar, en tal estado de cosas, que mientras unas celdillas perecian en la parálisis, en la atrofia ó en la degeneracion grasienta, otras, las excesivamente nutridas por la hiperemia colateral, manifestasen su excesiva actividad por hiperestusias, convulsiones ó delirios?

¿No habeis oido hablar del *aneurisma disecante*? Pues en el cerebro de mi cuento tuve ocasion de observar uno, que á buen seguro habria llegado á mal término, á no sobrevenir inopinadamente la hecatombe del Congreso. Habia en un punto de la *arteria del cuerpo calloso* una resquebrajadora lineal, que no alcanzaba á todo el espesor del vaso, sino que se limitaba á las tunicas interna y media, quedando integra la externa, ó por mejor decir, la *adventicia*. La sangre goteaba por la rendija, é insinuándose

entre la *adventicia* y las membranas propias de la arteria, formaba una bolsita, repleta de coágulos, en directa comunicacion con la arteria, por lo cual se la veía latir al compás de ella. El día en que se hubiese roto la bolsita aneurismática—y este día debía estar próximo en el cerebro en cuestion—no habria faltado hemorragia cerebral, la cual hubiera podido ser tan súbita, vasta y copiosa, que hubiera merecido el nombre de *apoplegia fulminante*.

Para que ni por un momento podais dudar de la sagacidad de este ex-presidente del Congreso cerebral, os manifestaré que aún induzco otro efecto necesario del *ateroma arterial*—vosotros direis si los anatómicos están ó no conformes con mis cálculos—. —Yo considero que, habiendo aumentado el calibre de las arterias que preceden al sitio del obstáculo, estas mismas arterias comprimirian las celdillas que les están próximas, así como á los vasitos más débiles de sus inmediaciones; de resultas de esto, las celdillas quedarian angostas, deformes é ineptas para toda industria; al paso que los vasitos aplastados no dejarian que por ellos pase la cantidad ordinaria de sangre arterial, y de ahí tambien otra region de celdillas pobres, encanijadas, murientes.

Ya lo veis, por un simple *ateroma* se altera en *Cerebrópolis* la equitativa y armónica distribucion de vituallas, con grave perjuicio de todo la poblacion y de todas las industrias, y con próximo peligro de la vida del individuo.

III.

¡LA CHIFLADURA!..

Durante mi estancia en el ventrículo, hice varias observaciones relativas al aspecto exterior y semblante de las celdillas. Las había pálidas, macilentas, cloróticas, que en nada se ocupaban ó que tan sólo fabricaban ideas y sentimientos de colores oscuros. De ellas se decía que estaban opiladas, melancólicas y malhumoradas. Otras, en cambio, ostentaban el vientre henchido de protoplasma y tenían un brillo luminoso y un aspecto de salud que daba gozo mirarlas. Todo lo más alegre, festivo y de mayor provecho era elaborado en estas lozanas celdillas.

Mas no se crea que la clorosis ni la lozanía fuesen duraderas en los moradores de *Cerebrópolis*; todo lo contrario: no hay cosa más mudable que su naturaleza. Bastaba una sensacion, un recuerdo, una idea ó una impresion visceral, para animar á las más abatidas y para amilanar á las más exaltadas.

No tardé en conocer que la causa de tales vaivenes de abatimiento y exaltacion consistia principalmente en la sangre. Las celdillas que recibian poco riego, se volvian pálidas, macilentas y meditabundas: parecian empleados cesantes ó de reemplazo.

Si aumentaba la ración de humor nutritivo—que es como decir el sueldo—entraban nuevamente en calor y se alegraban.

En un principio, cada vez que veía palidecer y desmayarse, hasta el síncope, una celdilla, temía por su existencia, por más que me daba confianza el ver que conservaba el núcleo y que no le invadía la grasa; esto no obstante, expresé mis temores y recelos á mi ilustrada Secretaria, quien, con la discreción que tanto la distinguía—derramemos ¡oh lector! una lágrima á la imperedera memoria de la amable *Fosforita*—me dijo:

«Nuestra salud depende principalmente de ese equilibrio móvil, de ese continuo balanceo de nuestra impresionabilidad. Por esto somos *nerviosas*. Si siempre estuviésemos bañadas en abundante y rico plasma de la sangre, no cesaríamos de funcionar, y en breve se agotarían nuestras fuerzas; la inflamación se declararía en los vasos; se propagaría á la *neuroglia*, y nosotras pereceríamos en el seno de un *reblandecimiento rojo*. Necesitamos, pues, descanso, y éste lo hallamos cuando las corrientes sanguíneas son ménos impetuosas hácia nuestra circunscripción topográfica. No obstante, si la *isquémia* durase mucho, nuestro protoplasma no tardaría en trocarse en albúmina granulosa, y en breve no sería más que materia grasienta, útil tan sólo para fabricar jabón.

«No pienses—añadió—que eso que digo lo invente mi fantasía: tan cierto es, como que yo misma he

presenciado estas transformaciones y aún me ha tocado desempeñar cierto papel en la *escena morbosa*. Mira: este cerebro en que te encuentras, esta rica y al parecer bien gobernada urbe, ha adolecido de *alienacion*, y aún hoy día conserva un buen grado de su antigua *chifladura*.»

—Al oír estas palabras di un brinco que hizo chocar mi coronilla contra uno de los cuernos del *cuero calloso* y, lleno de espanto, traté de escurrirme por la puerta de Monró—.

«No te asustes—repuso *Fosforita*—la *vesania* ya no es hoy ofensiva, pues la *manía melancólica aguda*, se ha convertido en una *locura sistematizada*; la cual, si algo se prolonga la vida de este individuo, parará en *demencia*, exaltada ó estúpida.

»Mira cómo se inició el conflicto patológico y de qué manera se fué desplegando lo que los de ahí fuera llaman *el proceso morboso*.

»El padre de este individuo murió apoplético y su madre fué una histérica que dió mucho que hablar por sus sensiblerías y flaquezas carnales. El interesado vivió célibe hasta los 40 años. Tenia bienes de fortuna, pero no oficio ni carrera. Carecia, pues, á un tiempo de aptitud y de apetencia para el trabajo; y así, por vía de pasatiempo, al asomarle las primeras canas, tomó el partido de casarse con una linda modistilla de 18 abriles, de sangre roja y caliente, de corazón multi-ocular y con nervios más electro-positivos que los de una rana galvánica. A las 15 lu-

nas de entre *miel* y *própolis*, de resultas de una caída en blando que hubo de tener su lindísima costilla, este individuo se vió atacado de una exuberancia ebúrnea en la elevacion frontal media. Un médico recién-salido del aula, halló la manera de suavizar y reblandecer, con resolutivos y fundentes, el incipiente osteoma craniano. La neoplasia, no obstante, debió hacer progresos por el lado de la tabla interna del frontal, y fué el caso que nuestro hombre se vió molestado por intensas cefalálgias supra-orbitarias, que le ahuyentaban el sueño. Aquí, en este mismo hemisferio, junto á la *circunvolucion de Rolando*, se armaban todas las noches las grescas más infernales. Aparecía una mujer desnuda, un tálamo conyugal manchado por el deshonor, un bigote de pelo de tejon y un puñal blandido por una mano ensangrentada, ensartando dos corazones de cieno. La sangre acudia á borbotones á la *circunvolucion rolándica*; el plasma, fuertemente teñido de *hematina*, coloreaba las células de aquel departamento; oíanse gritos de ¡pérfida! ¡infiel! ¡perjurá! amenazas de muerte y exterminio, y se expedían frecuentes telegramas al ventrículo medio, ordenando silencio á los instintos de conservacion y reparacion. A menudo, en el seno de la conciencia, resonaban estas palabras: «Eres un desdichado; la vida es una senda de abrojos; no tienes fuerzas para soportar el peso de tu existencia: ¡mátate! ¡mátate! la muerte es el ópio eterno de los grandes dolores.»

»Allá en donde nacian estas voces de suicidio—yo lo vi—no habia más que celdillas pálidas; en vez de hallarse estas rodeadas de plasma nutritivo, nadaban en una serosidad turbia.

¡»Qué contraste! De una parte, sangre en exceso, y con ella, ideacion y efectos exaltados maniacos, delirantes; de otra parte, anémia y edema, y por ello tristeza, melancolía é impulsiones suicidas.

»Cuanto padecimos los *cerebropolitanos* mientras duraron estos desórdenes, aún los que nos hallábamnos más distantes de los focos de la insurreccion, no es para contado. Semanas y más semanas en vela; abstinencia absoluta, que nos abatía hasta el deliquio; ruidos por dentro, sombras por fuera, cavilaciones incesantes, ilusiones en todos los sentidos, juicios disparatados, raciocinios inconexos, sentimientos acanallados, pasiones en desórden y en todas partes *horror, terror y furor*.

»Aún durarian estos disturbios si no hubiésemos tomado una resolucion extrema. Nos reunimos en el ventrículo todos cuantos no nos hallábamnos comprometidos en la revolucion vesánica, y, prévia una informacion sumarisima, adoptamos el partido de aislarnos por completo de la *circunvolucion de Rolando*.

»Al efecto, ya que no podiamos cortarlas, pusimos un poco de grasa en los tubos fibrilares de comunicacion, con lo cual aquel barrio quedó abandonado á su propio y fatal destino.

»Miralo desde aquí: aquella urbe en que se contaban más de dos millones de viviendas, apenas tiene hoy unas cuantas docenas de celdillas; todas son pequeñas, granulosas y su núcleo es muy diminuto. Entre ellas se ve serpentear uno que otro vasito capilar, aplastado y remendado en varios puntos; en cambio, sobre-abunda y es muy dura la *neuroglia*—los anatómicos de la Patología dirían que hay *esclerosis*.—Entre las celdillas arruinadas, aparecen unas vejiguillas, ó por mejor decir, unas gotas de grasa amarillenta; cada una de estas gotas es el cadáver descompuesto de uno de estos organismos celulares y producto de exceso de riego inflamatorio ó de la *isquemia*, por compresion de los vasos capilares. En algunos puntos se ven espacios vacíos—antes estaban repletos de grasa, pero esta fué reabsorbida y aún quedan los moldes de las gotas.—Toda la *circunvolución de Rolando* es ménos voluminosa en este hemisferio que en el opuesto: es que han desaparecido la mayor parte de las celdillas que la formaban, y hay en ella pocos vasos que la provean de sangre.»

.

Aquí concluyó *Fosforita* sus interesantes referencias; y yo, Lector, doy tambien fin á este *Epilogo*, pues no otra cosa se me alcanza de la *Anatomía patológica* de la alienacion mental, por más que me

consta que otras muchas y muy interesantes cosas sobre esta materia han escrito los ilustres frenópatas de nuestros tiempos.

Lector: si quieres juzgar con algun acierto de los dislates de la mente y si anhelas ser de algun provecho á tales desdichados enfermos, no puedes desatenderte de estudiar con grande esmero la estructura del encéfalo, las propiedades de sus elementos anatómicos, sus funciones de detalle y de conjunto, las lesiones morbosas de que son susceptibles y las alteraciones funcionales que á estas corresponden, y debes además ensayar, con racional criterio, los distintos medios de tratamiento de que dispone la *Psiquiatria* contemporánea. Si así lo hicieres y tuvieres á tu cargo la direccion de un Manicomio, serás digno del nombre de *alienista*;... de lo contrario, no merecerás otro titulo que el de *Maitre de un Hotel de locos*.

Con la mayor consideracion se ofrece tu afectísimo y S. S.,

LUDOVICO DROMOS.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
A quien las presentes vieren y entendieren.	I
CAPÍTULO I.—Historia de una sensacion contada por ella misma.—La Sensacion se presenta al Lector.	1
CAP. II.—La Sensacion dá cuenta de cómo la trataron artistas y filósofos.	1
CAP. III.—La Sensacion toma su partido y se entrega á los filósofos.. . . .	5
CAP. IV.—La Sensacion interviene en su propia definicion y la crítica.	6
CAP. V.—La Sensacion conduce al Lector hasta lo más íntimo de la úrbe cerebral.	8
CAP. VI.—La Sensacion dá cuenta á su interlocutor de lo que ha sucedido mientras dormia.	11
CAP. VII.—La Sensacion aprovecha el sueño de Cerebrópolis, para explicar al Lector muchas curiosidades de la úrbe y sus arrabales.	15
CAP. VIII.—La Sensacion explica su propia genealogia y la de sus colegas.	21
CAP. IX.—Historia de una táctil.	23
CAP. IX (bis).—(1) La Sensacion táctil sigue espontáneándose con la óptica.	27
CAP. X.—Se comienza á murmurar de la Administracion pública.. . . .	33
CAP. XI.—La Sensacion explica su historia, se enamora del Lector y le prepara un gran Congreso.	36
CAP. XII.—Se prepara el Congreso cerebral y se comienza á murmurar.. . . .	43
CAP. XIII.—Fosforita lee la órden del dia.—Discurso de Fonética.	48

(1) Este número, por equivocacion, aparece repetido en el texto.

CAP. XIV.—El discurso del Hambre.—Interlocucion del Valor.—Un guante recogido á tiempo.	55
CAP. XV.—Pacífica intervencion de Prudencia.—Prosigue y termina su discurso el Valor.—Discurso de Dinámico.—Morfea se explica como un libro.—Cae el telon del sueño.	60
CAP. XVI.—Los Ensueños vistos desde dentro.	65
CAP. XVII.—El despertar de los cerebropolitanos.—La Conciencia es aludida y explana una interpelacion muy interesante.	69
CAP. XVIII.—Elocuente discurso de El Libre albedrio.	76
CAP. XIX.—El Orgullo se pinta solo.—La Vanidad se retrata.	81
CAP. XX.—Amor se expresa como un filósofo, se apodera de la Asamblea y hace un verso.	85
CAP. XXI.—Los celos.—Una tragedia amorosa.	89
CAP. XXII.—La Envidia descarga una filipica.	94
CAP. XXIII.—Entra en el Congreso una distinguida Diputacion de Cerebelópolis, que comete algunas irregularidades.	98
CAP. XXIV.—Se arma la gorda.—Gran batalla entre cerebrales y cerebelosos.—El Cráneo estalla como una granada.... y aquí fué Troya.	101
<i>Epilogo del Dr. Dromos.</i>	108
CAP. I.—De cómo el Dr. Dromos pudo profetizar en pretérito.	108
CAP. II.—¡¡Un ateroma!!—Aneurisma disecante, apoplegia en puerta.	111
CAP. III.—¡La Chiffadura!	116

